

OBRAS Y AUTORES

Lafourcade: "Antología del Cuento Chileno"

Por HERNÁN DEL SOLAR

Entre los actuales novelistas chilenos sobresale de manera indiscutible Enrique Lafourcade. Algunos, al reconocerlo, arrugan con desdén el juicio, respiran fuerte, y terminan por desahogarse con un desdén: "Bueno, bueno, pero es un pegoso". Recuerdan, entre otras cosas, que ha publicado novelas impresas con diversas tintas, que ha dicho que ciertos capítulos se pueden leer de atrás para adelante, sin que pierdan un ápice, que de improviso sorprende con ocurrencias de "novelista poco serio", que —en resumen— parece burlarse del lector cuando éste se halla sin ninguna gana de jugarle. Sin embargo, algunas de tales cosas suelen celebrarse en novelistas extranjeros. En Cortázar, por ejemplo. Pero eso es cuento aparte.

Además —siempre contrarios—, no pocos aseguran que su ninguna seriedad le ha llevado más veces que a inventar toda una generación: la del 50. No es culpa suya que su invento haya producido escritores de esa generación. No protesta, claro, de verse metidos en el cerco del 50. Ya vendrán quienes digan si allí están bien o no. Esto es un error que se deja a futuros eruditos calculistas, que sabrán remover a la aludida generación o exigirle que no se salga de la fecha que Lafourcade le marcó.

El único hecho inamovible es que el autor de esta "Antología del Cuento Chileno", que publica Ediciones Alerce, de Barcelona, en tres elegantes volúmenes que reúnen, en total, más de 1.200 páginas, es un escritor discutido y discutidor, notoriamente talentoso, muy de su tiempo, y capaz de saltar cualquier día —scríbita desamparado— a otro siglo, otra geografía, otra personalidad, sólo para que ruben los que quisieran tenerle quieto ante una mesa, escribiendo novelas eruditas.

Sorprende el caso: tres grandes, costosos, bellos volúmenes de cuentos nacionales. ¿Es posible? Ya se había afirmado la costumbre de que los libros no tuvieron cuentas que vender, porque los editores no querían publicarlos. El cuento es un género que no gusta, dicen todos. El lector prefiere una larga novela, principalmente con mucho sexo en cada página, y cada tres líneas un reventón de vocabulario. Y aquí tenemos a Lafourcade con el cuento chileno al trote por los países del idioma. ¿Le habrá inventado también? Porque no de buenas a primeras van a aceptar las buenas gentes que en Chile haya tanto cuento en disponibilidad de darse a conocer.

Un vistazo al índice de los tres tomos da el siguiente resultado de autores: primer volumen, 23 cuentistas; segundo volumen, 17; tercer volumen, 19. De algunos autores se publican dos o tres cuentos. Esto depende de las preferencias de Lafourcade. Y es aquí donde se fija la atención de los escritores con mayor ahínco. ¿Por qué a éste dos y a aquél tres, cuando yo apuesto apenas con uno, que no es el mejor de los mios, como lo dirá la posteridad? Pero si suponemos que todos los autores seleccionados no dicen esta boca es mía, y continúan viviendo tranquilos, el caso es que no faltan comentaristas que busquen, empiecen, las ausencias más sensibles, o las presencias inexplicables. También es este un asunto personalísimo del autor. Toda antología corre el riesgo de estos asedios críticos. Ninguna se salva. No queda más remedio a un mal de tal naturaleza que el nada cómodo de que cada cual se fabrique su propia antología. Y sin mostrar al viento, para que no haya estrépito.

Antecede a la selección un estudio titulado "Sobre el cuento y la literatura chilena". Es importante, sobre todo para el lector extranjero, este panorama que sitúa al cuento en su marcha por los años, de manera que se le divida a

voces rongo y, un poco más allá, con paso alegre, así. El lector que no nos conoce —y esto abunda apenas se sale de nuestra frontera, o dentro de ella, en ocasiones— necesita que se le trace el cuadro de nuestra literatura. Así aprenderá a captar sus variaciones, sus avances, los obstáculos que se han opuesto a su mejor desenvolvimiento, sus conexiones con todas las demás actividades del país. En un libro de esta índole es mínimo el provecho cuando el lector no se encuentra sólo con una sucesión de nombres, y justo a cada uno alguna muestra pasajera de su riqueza o pobreza.

Lafourcade empieza por incrustar rápidamente por La Conquista y La Colonia. Compara las nuestras con las de los otros pueblos iberoamericanos, y salvo raras excepciones, ve tierras áridas, soledad, una inteligencia avocada, una imaginación que no da todavía su vagido, una sensibilidad que entre el temor y la flaqueza prefiere permanecer con los ojos cerrados a la vida, acentuada por el pecado y el castigo del pecado.

Después del cuadro real, desahogado, que poco a poco va asomándose, adquiriendo sabor —aunque no grande—, traza el autor los primeros brochazos que pintan los umbrales de nuestro tiempo. Vivíamos en un aislamiento que llamaban Chile. Lafourcade lo deja atrás con palabras vibrantes. "Chile ha dejado de ser Chile. ¡Euhorabuena! —escribe—. Se habla de otros contextos, de lo americano, de lo hispanoamericano, de la cultura de Occidente. ¡Al fin, los libros! Con ellos, las editoriales, los críticos, los profesores, las revistas literarias. Rusos, franceses, norteamericanos, españoles. Pío Baroja y Máximo Gorki, Rimbaud y Raulo, Marcel Proust, London, Kipling, Saroyan. Se lee y se imita lo antiguo y lo nuevo. Balzac y Stendhal son tan frescos e insólitos como Dostoievski y Tolstoy. Y ya no solamente llegan los libros a Hispanoamérica. Los escritores viajan, van a las fuentes. Se beben las aguas beligerantes del arte nuevo. Se forman grupos literarios. Modernismo, ultrismo, futurismo, Dadá, los surrealistas. La revolución rusa y la literatura social. Los estados nórdicos. Los imagistas ingleses. La generación perdida norteamericana. Las vanguardias están rotas. El mundo indiano se comunica".

En esta comunicación nos hallamos. En este libro, si se va de cuento en cuento, observando con penetrante atención los cambios de acento, de tomas, de técnica narrativa, se pueden vadear las líneas de esta comunicación, cada vez más fortalecidas y propias. Hay diferencias notorias entre las primeras selecciones y las últimas. No interesa aquí indicar cuáles son más valiosas. Lo que importa es advertir la marcha, el cambio, las preferencias de los años, que de pronto se vuelcan sobre un realismo estricto, recio, como se internan por una realidad que ya no es copia, reproducción, sino atmósfera distinta, siendo escondido que repentinamente asoma.

Nunca dispuestos a convertir nuestros comentarios en rastros policiales —por aquí van bien, sigue, por allá, pestina, paren— no insistamos parecer alguna adverso. Hemos creído siempre que la única que interesa es señalar cómo es una obra o cómo el autor ha pretendido hacer de ella y no lo que pudo ser. Y aquí, el propósito no es sino el de dar a conocer —en el extranjero, sobre todo— un conjunto de cuentos que dirige la atención del lector hacia la literatura chilena. Que esta labor sea realizada por uno de nuestros novelistas más valiosos, conocedor de nuestras letras, es un hecho que no deja a nadie indiferente, si de veras existe, como creemos, un interés por nuestros escritores.

Lafourcade: "Antología del cuento chileno" [artículo] Hernán del Solar.

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Lafourcade: "Antología del cuento chileno" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile